

# SEGUIR SOÑANDO

Tres meses. Nada más y nada menos que tres meses de mi vida tumbados en una cama escuchando como todos lloraban por mí, escuchando como me daban por muerto, como nadie tenía la esperanza de volver a hablar conmigo. Yo les escuchaba perfectamente, alrededor de mi cama de hospital, mientras recordaban buenos y malos momentos vividos a mi lado. No podía hablarles, no podía hacerles un mísero gesto de complicidad y de ánimo. ¡Cuánto me hubiese gustado poder hacerlo! Pero no podía, una fuerza incontrolable me impedía moverme o hablar, respirar ya era demasiado trabajo para mi cuerpo. Tres meses quieto, sentado, sin poder practicar todos esos deportes que tanto me entusiasmaban. Tres meses en coma, un coma que para muchos era en realidad un punto final. Los especialistas creen que cuando estás en coma no te enteras de nada, se equivocan. A pesar de ello, durante ese tiempo me hubiera gustado no escuchar lo que escuchaba, me hubiese encantado no oír como lloraban por mí.

Tenía unas ganas tremendas de poder abrir los ojos, de poder apretar la mano de mi madre y de mi hermana cuando me suplicaban que lo hiciera si les estaba oyendo. Pero no podía, era realmente imposible. Tenía ganas de despertarme de aquella especie de sueño, pesadilla diría yo. Pero cuando desperté me dí cuenta de que a veces es mejor seguir soñando, porque el que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla y muchas veces es mejor vivir con la mentira. Esta era una de esas veces. Millones de palabras en nuestra lengua y soy incapaz de describir lo que sentí al abrir los ojos. No me lo podía creer. Mire mi cuerpo cubierto con esa ropa blanca de hospital que tanto había odiado siempre, observé cada detalle hasta llegar a las piernas. Eso debía de ser una pesadilla. Una de mis piernas estaba cortada por la rodilla y no podía moverla. En el momento en que desperté mi habitación del hospital estaba vacía. ¿Qué se suponía que tenía que hacer yo en ese momento? ¿A quién avisar? No comprendía nada. Fue cuestión de segundos. Mi madre entró por la puerta eufórica. Se abalanzó sobre mí. En ese momento dudé de si me quería abrazar o pegarme una paliza. Fue un abrazo muy grande y en su rostro pude ver reflejado lo mucho que me había echado de menos. Poco tardó ella en llamar a todas las personas que habían estado allí viéndome durante un trimestre, día tras día. Y ellos poco tardaron en acercarse para verme. Yo veía como todos venían con regalos, ilusionados, con lágrimas en los ojos. Pero faltaba ella, mi novia, mi compañera, parte de mi vida y la culpable de mis alegrías. Casi no recordaba nada anterior a ese tiempo. Ni siquiera me habían explicado por qué estaba allí pero a ella no la había olvidado nunca. Aquella tarde no tenía ganas de mucho y mucho menos de pensar. Sólo quería que alguien me contase que me había pasado, por qué estaba allí y lo más importante, por qué no tenía pierna.

Los médicos estuvieron haciéndome visitas durante toda aquella tarde. Me preguntaban que sentía y no dudaron en hacerme pruebas para ver si estaba todo bien. Mi memoria estaba perfectamente decían, aunque yo era incapaz de recordar los momentos anteriores al coma.

Las enfermeras echaron a la gente sobre las nueve de la noche, sólo se quedó mi madre, que dormiría conmigo como llevaba haciendo tantísimo tiempo. Ella seguía igual de siempre, con

su cabello claro y su mirada cariñosa y alegre. Le sorprendió que me acordase de todo, incluso de los desayunos que ella me preparaba todas las mañanas antes de irme a una competición. Yo era atleta de élite y recordaba perfectamente a todos los miembros de mi equipo. Mi madre me aseguró que al día siguiente irían a visitarme y aquella noche fue en la que mi madre me explicó lo ocurrido.

Mucho antes de comenzar a explicármelo ya se le caían las lágrimas, no quería llorar, pero hay momentos en los que es imposible no inundar tus pestañas. Comenzó explicándome que yo estaba en una competición de motociclismo cuando en una curva el freno falló y me caí, una caída a 300 kilómetros por hora suele ser una caída durísima pero en mi caso fue peor aun cuando una moto me pasó por encima, destrozándome la pierna y dejándome inconsciente.

Mi madre no podía hablar más, estaba llorando como nunca antes había llorado. Decidió que lo mejor era dormir. Había sido un día muy duro y hay días que es mejor dejar que pasen cuanto antes. En el momento en que mi madre dejó de hablar empecé a darme cuenta de que había perdido la vida, no sólo una pierna. Mi sueño era competir en una categoría superior, mi vida eran las motos. Cada mañana me levantaba con unas ganas enormes de ir al circuito a entrenar para cada competición. Además, me encantaba ver como mis compañeros me animan, como estaban allí, apoyándome en cada carrera alrededor del mundo. Sólo por ver sus caras de alegría cuando conseguía un pódium ya merecía la pena correr. No me lo podía creer: tres meses esperando que algo suceda y cuando sucede te gustaría que no hubiera sucedido. Les dí una alegría a todos los que no pensaban que fuera a despertar pero a mi se me cayó el mundo a los pies. Rompí a llorar. Me hubiese gustado que en ese momento mi madre me despertase, me dijese que estaba soñando, y poder creer que todo eso había sido una pesadilla. Desafortunadamente, estaba equivocado. Era la cruda realidad.

Me quedé dormido, demasiadas horas había aguantado despierto aquel día, demasiadas emociones en una tarde.

A la mañana siguiente, cuando desperté, me encontré con mi compañero de equipo, ese compañero que te ayuda cuando más lo necesitas sin que le tengas que pedir ayuda. Un amigo de los de verdad, de los que merecen la pena. Me dio un abrazo enorme y me recordó lo mucho que era para él y lo mucho que me había echado de menos. Rompí a llorar en el momento en que empezó a contarme que había sido campeón de España de motociclismo y que ahora tenía un compañero que era bastante bueno, pero que no me superaba ni me superaría nunca. Me fastidió no poder haberle acompañado a ganar esa carrera, no poder haber seguido a su lado como siempre había estado.

Le dije que esperaba que ganase más competiciones, que iría a verle con mi silla de ruedas, ya que era el único vehículo con ruedas que podría utilizar. Mi compañero lloraba y me pedía que por favor no dijera eso, pero era la verdad, y quería que lo asumiese cuanto antes.

Cuando ya nos estábamos despidiendo ella entró. Era Andrea, mi amada, la chica de mis sueños, mi novia. Ella sí que había cambiado, su expresión no era la misma. Siempre llevaba una sonrisa en la cara y en ese momento ni siquiera sonrió. Noté que estaba triste, que estaba atemorizada por alguna razón. No me hizo ningún gesto de cariño y las únicas palabras que me dijo no mejoraron para nada el silencio. Me dijo que lo sentía mucho, que había encontrado a

otra persona. Que después del accidente los médicos le habían asegurado que jamás podría volver a levantarme de una silla de ruedas y ella era muy joven para condenarse, según dijo. Me explicó que no podía arruinarse la vida de esa manera, que la vida era demasiado corta para pasarlo mal y que seguiría siendo mi amiga. No me lo podía creer, no de su parte. Ella siempre me había prometido que nada ni nadie en la vida nos separaría. Siempre me aseguraba lo mucho que me quería, pero las cosas hay que demostrarlas y ella hizo de todo menos eso. Se fue tal y como entró, con la misma cara, con la misma frialdad. Sin embargo, a mi me dejó aun más hundido.

El especialista entró en la habitación. Me dijo que en dos días me darían el alta, que me dejarían temporalmente una silla de ruedas, pero que me tendría que comprar una. Iría a rehabilitación para mejorar la coordinación de los brazos ya que también habían sido seriamente afectados en el accidente. Mientras me decía todo esto yo sólo pensaba en la mejor forma de morir sin sufrir demasiado. No quería seguir viviendo. Todo el mundo se alegraba de que hubiese tenido suerte y fuerza suficiente para estar donde estaba, para haber despertado de aquel sueño tan largo, pero yo, yo era el primero que prefería seguir dormido.

No es que no valorase la vida, es que en este caso la vida no había sido nada justa conmigo. Mi novia, mi pierna y mi sueño me habían abandonado para siempre, se habían ido sin una razón lógica, y se habían ido para no volver.

Yo siempre había sido un chico muy conformista, nunca había pedido demasiado. Y ahora lo único que quería era volver al pasado, era poder ser feliz de nuevo, poder correr con la moto, poder ir a jugar a la raqueta con mis amigos todos los sábados por la mañana, pero aquello era imposible ya. Sólo me quedaba quedarme sentado en una silla para siempre. Pedí que se parase el mundo, que yo me quería bajar. Pero nadie me escuchó y la vida seguía a mi alrededor.

Llegué a mi casa y todo había cambiado. Habían puesto un ascensor nuevo en el edificio, uno más amplio para que yo tuviera suficiente espacio para estar cómodo. Mi baño había sido modificado radicalmente para ajustarlo a mi discapacidad, e incluso el sofá que habían comprado era más amplio.

Habían cambiado todo eso por mí, pero lo que de verdad quería que cambiasen era imposible. El pasado.

Sin embargo, al ver que ellos luchaban por hacerme todo esto más fácil decidí que tenía que luchar, que no me podía rendir ahora, que la vida seguía y aunque a veces sea difícil subir la montaña siempre se puede hacer un último esfuerzo. No estaba solo en esto, y entre todos me ayudaron a seguir adelante.

Un año después de todo esto me pusieron una pierna ortopédica. Fue el mejor regalo que me habían hecho nunca. Seguía sin poder hacer demasiado, pero poder andar ya era algo de lo que podía presumir. Me apunté a una asociación de gente con el mismo problema que yo. Entre todos nos ayudábamos a hacer actividades, a aprender a hacer deportes sencillos con nuestras piernas ortopédicas y las sillas de ruedas de los que carecían de movilidad en ambas piernas. Pasábamos grandes ratos juntos. A todos y cada uno de ellos les cogí tantísimo cariño

que me emocioné al ver que estaban allí el día de mi primera competición de 100 metros lisos. Sí, estáis leyendo bien. Mi mejora fue tan considerable que pude participar en el campeonato de Castilla y León de deportes para persona con discapacidad. Y gané. Pero no gané sólo, para hacerlo, necesité un millón de sonrisas de todas esas personas que hicieron que sintiera ganas de vivir.

Ahora, veinte años después del accidente me siento orgulloso de escribir estas memorias.

Espero que si alguna vez esto le sucede a alguien me tome como ejemplo de superación. Estoy orgulloso de mí mismo por haber seguido luchando, por no haberme rendido . Puede que la vida no sea siempre fácil, pero las dificultades se superan si confías en ti mismo.

**JENNIFER BLASCO RUBIO 1º BCI**

## A ray of hope

Summer was over and school started. Hugo was excited about going to school, it was his first day. On the other hand, he was nervous about knowing his new class, teachers and above all, his classmates. He crossed the door and he entered the school, all his concerns disappeared. He received smiles from guys his age. This situation made him feel confident about himself. A group of boys spoke to him, they were very nice. With the passing of every single second, he realised that the differences that separated the boys from him were increasing.

Football, girls and skate, football, girls and skate... That was what you could hear from their rough voices. Hugo wanted to tell them about his life, so interesting. He desired to make them know his world, based on discoveries. Hugo was not a common boy, he used to be alone. He lived close to the countryside and during the afternoons he enjoyed going in search of new species of animals, new flowers in the garden or simply a new bug. His classmates didn't know anything about him at all. So far, he was one more.

Hugo was one more until it reached his deep concern, the first exam. The teacher was naming each student and giving the exam. Hugo's leg tapped on the floor, constantly. Faster and faster.

- "Dear William, you really impressed me. Without any doubt, the best of the whole class" - The maths teacher said, while she gave me the exam.

I saw the mark like always, it was a ten. When I looked up I had the others' students eyes stuck on me. Their glance was full of hate. The bell rang, echoing in Hugo's ears. He knew what would happen then and a feeling of fear invaded his body. He left the class and there were those who seconds ago were his friends. They were waiting for him. What before were smiles, now were shoves and kicks.

Feeling like an abandoned dog, he wandered through the streets to get home. Once there, he cleaned all his wounds. That day, disappointment took away his hunger. That afternoon he had not got enough energy to go out and investigate about plants and animals, he wanted to do nothing. The first class seat was empty, Hugo had not been strong enough to go. He only wanted to mourn, he did not understand nothing. Why to him?

Sooner or later he would have to go to class and it was. Two days after the beating, Hugo went to school. He expected the worst situation. He sat down in his chair. In a second he discovered that they had put pins on his chair. In fact there had since all this happened. Revenge dominated their minds. Unfortunately, the beating after the examination would not be the last unpleasant event.

The pins made Hugo jump with a ridiculous scream included. Everyone laughed, enjoying his pain. Hugo seek the gaze of the teacher and she could not hold back laughter. Like those chameleons examined by Hugo, his cheeks turned completely red.

He had already used to being the weak nerd, puny and rare boy of the class. Also used to their constant fights and jokes. Well, he thought that jokes are those that make everyone laugh and with this jokes, Hugo always finished crying. Once at home, he looked himself in the mirror. His skin was bare, his eyes scanned every bit of skin with sadness. Each wound, each scar reminded him that nightmare. The drops of tears escaped from his eyes fighting for freedom. They were unable to continue with so much suffering. The wounds would be cured, but not his heart.

One day after the classes ended, temptation dominated Robert's mind and he threw Hugo downstairs. Breathe, inspire, breath, inspire, breath, inspire... That was what Nora was thinking to relax, at least for few minutes. Nora waited, they left him lying on the ground. Little by little, Nora moved closer to Hugo. When she saw his blood,

she couldn't control herself and she ran towards him. Then at his side she could breathe tranquillity.

- "Hi, Hugo"- She said in a shy way.

- "Hi, em ...."- Hugo had never noticed that small but cute girl.

- "Sorry, I'm Nora and I go to your class. Probably you don't know me, I'm a bit different from them. I enjoy studying and learning new things, I consider the library my home. Like you, I also suffer the consequences of this"- She told Hugo, being sincere.

- "Oh.. I thought that I was the only weird boy here. They have also suffer? " - He said really impressed.

- "Not like you, I'm a girl. They know that if they touch me I will tell to teachers. I don't know why but I need to help you"- Nora said.

Nora took air and told Hugo a big secret. Taking advantage of the empty library, Robert kissed his boyfriend there. They didn't know that Nora was there. Without any doubt, Nora appeared in the middle of that romantic kiss. The boys' faces would be perfect for a picture. Nora, fed up of suffering continuous jokes about her threatened them about telling everyone. From that day Nora is one more, a bit nerd, but she could live freely.

It was surprising that people like Robert and his boyfriend spent their free time laughing or hitting the others. The people that received knocks are the brave ones, the ones that show the whole world how they really are, without minding the consequences.

Since then, Hugo could make his life and never was harassed.

Life is unfair? Think about your ray of hope.